



# DÍA DE LAS ESCRITORAS

*El esfuerzo cotidiano de las mujeres*  
Biblioteca Nacional de España  
19/10/2020

Plan de Igualdad y Coeducación

IES Mediterráneo

Curso 2020/2021

# Día de las escritoras



La Biblioteca Nacional de España celebra la quinta edición del Día de la Escritoras, una iniciativa que la BNE organiza en colaboración la Federación Española de Mujeres Directivas, Ejecutivas, Profesionales y Empresarias (FEDEPE) y con la Asociación Clásicas y Modernas con el objetivo de reivindicar la labor y el legado de las escritoras a lo largo de la historia.

Esta quinta edición cuenta con el comisariado de la escritora Elvira Lindo, quien ha elegido el tema *El esfuerzo cotidiano de las mujeres*, en torno al cual gira la selección de los textos y las autoras: <https://diadelasescritoras.bne.es/>

La fecha elegida es el lunes más cercano a la festividad de Teresa de Jesús, que se conmemora el 15 de octubre.



# Un cuarto propio, Virginia Woolf



Pero, dirán ustedes, nosotros le pedimos que hablara sobre las mujeres y la novela, ¿qué tendrá eso que ver con un cuarto propio? Intentaré explicarlo. Cuando me pidieron que hablase sobre las mujeres y la novela, me senté en la orilla de un río y me puse a pensar lo que esas palabras querían decir. Podían significar simplemente unas observaciones sobre Fanny Burney, otras sobre Jane Austen, un tributo a las Brontë y un esbozo de la casa parroquial de Haworth bajo la nieve, algunas eventuales ironías sobre Miss Mitford; una respetuosa alusión a George Eliot, una referencia a Mrs. Gaskell, y asunto concluido. Pero repensándola bien, la empresa no me pareció tan sencilla. El tema «Las mujeres y la novela» puede querer decir, y ustedes pueden querer que quiera decir, las mujeres y lo que parecen; o si no las mujeres y las novelas que escriben, o tal vez las mujeres y las novelas que se escriben sobre ellas, o esas tres cosas inextricablemente mezcladas, y esto último puede ser lo que ustedes quieren que estudie.

Pero, al disponerme a adoptar esa interpretación, que me parecía la más interesante de todas, pronto advertí que tenía una desventaja fatal. Nunca podría llegar a una conclusión. Nunca podría cumplir lo que es, entiendo, el primer deber de un conferenciante: ofrecerles después de una hora de charla una pepita de verdad pura, que ustedes envolverían en las hojas de sus libretas y guardarían eternamente sobre el mármol de la chimenea. Sólo puedo ofrecerles una opinión sobre un tema menor: para escribir novelas, una mujer debe tener dinero y un cuarto propio; y eso, como ustedes verán, deja sin resolver el magno problema de la verdadera naturaleza de la mujer y la verdadera naturaleza de la novela.

Cada vez que una lee de una bruja tirada al agua, de una mujer poseída por los demonios, de una curandera vendiendo hierbas y aun de la madre de un hombre célebre pienso que estamos en la pista de un novelista, un poeta abortado, o una Jane Austen muda y sin gloria, una Emily Brontë rompiéndose los sesos en el páramo o recorriendo con desolación los caminos, trastornada por la tortura de su genio. Me atrevo a adivinar que Anónimo, que escribió tantos poemas sin firmarlos, era a menudo una mujer. Fue una mujer, me parece que Edward Fitzgerald lo sugirió, la que compuso las baladas y las canciones populares canturreándolas con sus hijos, distrayendo su labor o las largas noches de invierno.

Esto puede ser falso o ser verdadero —¿quién lo resolverá?—, pero lo que tiene de verdadero, me pareció, revisando la historia de la hermana de Shakespeare como ya lo hice, es que una mujer nacida con un gran talento en el siglo XVI habría enloquecido, se habría disparado un balazo, o habría acabado sus días en una choza solitaria, fuera de la aldea, medio bruja, medio hechicera, burlada y temida. Porque no se precisa mucha habilidad psicológica para saber que una muchacha de altos dones que hubiera intentado aplicarlos a la poesía, habría sido tan frustrada e impedida por el prójimo, tan torturada y desgarrada por sus propios instintos contradictorios que habría perdido la salud y la cordura. Ninguna muchacha pudo haber caminado hasta Londres y esperar en las puertas de los teatros y abrirse camino hasta el empresario sin recibir violencia y sufrir una angustia quizá irracional, porque la castidad puede muy bien ser un fetiche inventado por ciertas sociedades por razones desconocidas, pero no por eso menos inevitable. Entonces, y aun ahora, la castidad tiene una importancia religiosa en la vida de una mujer, y se ha compenetrado de tal modo con instintos y nervios que desligarla y sacarla a la luz del día exige un valor de los más raros. Vivir una vida libre en Londres en el siglo XVI tiene que haber significado para una mujer que era también poeta y dramaturgo una tensión nerviosa y un

dilema que bien pudieron matarla. Si hubiera sobrevivido, todo lo escrito por ella habría sido retorcido y deforme, fruto de una forzada y mórbida imaginación. E indudablemente, pensé, mirando el estante donde no hay dramas escritos por mujeres, su obra habría salido sin su firma. Seguramente habría buscado ese refugio. Un resto del sentido de castidad dictó el anónimo a las mujeres aun en el siglo XIX. Currer Bell, George Eliot, George Sand, víctimas todas de discordia interior como sus escritos lo prueban, quisieron ineficazmente velarse bajo un nombre viril. Así rindieron homenaje a la



Les he dicho en el curso de esta conferencia que Shakespeare tenía una hermana, pero no la busquen en la auténtica biografía de Sir Sidney Lee. Murió joven —ay, nunca escribió una línea—. Está sepultada donde ahora se paran los ómnibus, frente a Elephant and Castle. Mi credo es que ese poeta que jamás escribió una línea y que yace en la encrucijada vive todavía. Vive en ustedes y en mí y en muchas otras mujeres que no nos acompañan esta noche, porque están lavando los platos y acostando a los chicos. Pero vive, porque los grandes poetas no mueren: son presencias continuas; sólo precisan una oportunidad para andar entre nosotros de carne y hueso. Pienso que en breve, ustedes le podrán ofrecer esa oportunidad. Porque mi credo es que si perduramos un siglo o dos —hablo de la vida común que es la verdadera y no de las pequeñas vidas aisladas que vivimos como individuos— y tenemos quinientas libras al año y un cuarto propio; si nos adiestramos en la libertad y en el cworaje de escribir exactamente lo que pensamos; si nos escapamos un poco de la sala común y vemos a los seres humanos, no ya en su relación recíproca, sino en su relación a la realidad; si miramos los árboles y el cielo tal como son; si miramos más allá del cuco de Milton, porque no hay ser humano que deba taparnos la vista; si encaramos el hecho (porque es un hecho) de que no hay brazo en que apoyarnos y de que andamos solas y de que estamos en el mundo de la realidad y no sólo en el mundo de los hombres y las mujeres, entonces la oportunidad surgirá y el poeta muerto que fue la hermana de Shakespeare se pondrá el cuerpo que tantas veces ha depuesto. Derivando su vida de las vidas desconocidas que la precedieron, como su hermano lo hizo antes que ella, habrá de nacer. Esperar que venga sin esa preparación, sin ese esfuerzo nuestro, sin esa resolución de que cuando renazca le será posible vivir y escribir su poesía, es del todo imposible. Pero sostengo que vendrá si trabajamos por ella, y que vale la pena trabajar hasta en la oscuridad y en la pobreza.